

ción de vuestros proyectos. Los instantes son preciosos, y es preciso obrar con rapidez. Tell ha sido ya víctima de vuestras dilaciones...

STAUFFACHER.—Juramos esperar hasta la fiesta de Navidad.

RUDENZ.—Yo no estaba allí, y no juré. ¡Aguardad vosotros, y yo obraré!

MELCHTHAL.—¿Cómo? ¿Intentáis?...

RUDENZ.—Soy uno de los próceres del país, y mi primera obligación es protegeros.

FURST.—Depositar en la tierra estos restos queridos, es vuestro principal y más sagrado deber.

RUDENZ.—Cuando hayamos libertado al país, pondremos sobre su tumba la corona de la victoria. ¡Oh, amigos! No sólo vuestra causa, también he de defender la mía contra los tiranos... ¡Oid y sabed! Mi Berta ha desaparecido misteriosamente, siendo robada con temeraria osadía de entre nosotros.

STAUFFACHER.—¿Es posible que el tirano haya cometido tal arbitrariedad contra la nobleza libre?

RUDENZ.—¡Oh, amigos míos! Os he prometido mi ayuda, y yo he de invocar primero la vuestra. Mi prometida me ha sido robada, arrebatada poco hace. ¿Quién sabe en dónde la esconde ese insensato, y á qué violencias no se atreverá en su impúdico afán de forzarla á consentir en un himeneo odioso! No me abandonéis. ¡Oh! ¡ayudadme á salvarla!... Ella os ama, y merece por su patriotismo que todos los brazos se armen en su auxilio.

FURST.—¿Qué os proponéis?

RUDENZ.—¿Lo sé yo? ¡Ay de mí! En la ignorancia en que estoy de su destino, en los tormentos que estas dudas me causan, no puedo fijarme en nada. Sólo veo con claridad que entre los escombros de la tiranía ha de resucitar para mí; y que hemos de apoderarnos de todas las fortalezas, para penetrar en su cárcel si la encontramos.

MELCHTHAL.—¡Venid y guiadnos! Todos os seguiremos. ¿A qué dejar para mañana lo que podemos hacer hoy? Libre era Tell cuando juramos en Rutli, y aun no se habían cometido tantas arbitrariedades. La ocasión nos impone nuevas leyes. ¿Quién será tan cobarde, que ahora también aplace la ejecución de nuestro plan?

RUDENZ. (A Stauffacher y Furst).—Armaos mientras tanto, y estad prontos á la obra. Esperad la señal del fuego en las montañas, que, más ligero que el bote de velas aladas, os anunciará nuestra victoria. Y cuando veáis brillar esta señal de buen agüero, caed sobre el enemigo como el rayo, y derribad el alcázar de la tiranía. (Vanse.)

### ESCENA III.

El camino entre montañas cerca de Kussnacht.

Bájase á él desde los peñascos, y antes que los viajeros lleguen á la escena se les ve por las alturas. Rocas por todas partes, y una de ellas, cubierta de matorrales, avanza más que las otras.

TELL. (Se adelanta con su ballesta).—Ha de pasar necesariamente por este camino hondo, puesto que no hay otro para Kussnacht... Aquí ejecutaré mi proyecto... El momento es propicio. Ocúltanme estos matorrales, y mi flecha lo alcanzará. Lo estrecho del camino le obligará á ir solo. ¡Ajusta tus cuentas con Dios, gobernador; vas á morir, porque ha sonado tu última hora!

Yo vivía tranquilo y sin cuidados... Mis flechas herían tan sólo á las fieras de los bosques, y el pensamiento del asesinato no había manchado mi mente... Tú llenaste de espanto mi vida pacífica, trocando en ponzoña devastadora

mi dulzura y mi piedad anterior, y avezándome á cosas monstruosas... El que puede tirar á la cabeza de su hijo, bien puede alcanzar el corazón de su enemigo.

Obligado me veo á proteger contra tu ira, oh gobernador á mis pobres hijos y á mi inocente y fiel esposa... Cuando yo tendía mi arco... cuando mi mano temblaba... cuando tú, con cruel y diabólico deleite, me forzaste á apuntar á la cabeza de mi hijo... cuando yo estaba delante de ti, desmayado y suplicante, entonces pronuncié en mi interior el temible juramento, oído sólo por Dios, de que el primer blanco de mi ballesta sería tu corazón... y lo que prometí en aquel instante de infernal angustia, es una deuda sagrada... y quiero pagarla...

Tú eres mi señor, y el representante de mi Emperador. Sin embargo, ni aun el Emperador hubiera osado lo que tú... Te envié á esta región para administrar justicia... justicia severa, porque estaba colérico... pero no para convertir en deleite homicida, confiado en la impunidad, verdaderos horrores. Hay un Dios para castigarlos y vengarlos.

¡Veámoste, pues, alhaja mía la más preciosa, mi más rico tesoro, tú que llevas en tu seno los dolores más atroces!... Voy á ofrecerte un blanco, inaccesible hasta ahora á las súplicas más tiernas... y que no te resistirá... ¡y tú, cuerda leal de mi arco, que con tanta frecuencia me has servido en juegos alegres, no me abandones en este terrible trance! Mantente ahora firme, arco leal, que tantas veces has dado alas á la rígida flecha... Si saliese sin vigor de mis manos, no tengo otra que la reemplace. (Pasan viajeros por la escena.)

Quiero sentarme en este banco de piedra, preparado para que el viajero descanse breves momentos... porque aquí no hay hogar alguno... Cada cual pasa junto al otro rápidamente y sin mirarlo, y no le pregunta sus penas...

Aquí vienen el mercader caviloso, y el peregrino de ligero ropaje... el piadoso monje, el sombrío salteador, el alegre trovador y el bubonero con su caballo, pesadamente cargado, de regreso de lejanos países. Por todas partes se va al fin del mundo. Todos ellos siguen un camino para sus negocios... ¡y el mío es el asesinato! (Sientase.)

Antes, queridos hijos míos, cuando salía de casa vuestro padre, y después volvía, todo era contento, porque jamás regresaba sin traeros algo, ya una bella flor de los Alpes, ya un pájaro raro ó un caracol, como lo encuentra el caminante en las montañas... Hoy busca otra presa muy distinta, y está sentado en un lugar salvaje, pensando en matar. Está acechando la vida de su enemigo... Y, sin embargo, también piensa ahora en vosotros, queridos hijos... por defenderos, por proteger vuestra inocencia contra la venganza del tirano, prepara su arco para la muerte. (Levántase.)

Acecha una noble presa... No teme el cazador pasar días enteros vagando, en el rigor del invierno, y saltando de roca en roca, y escalando tajadas murallas, en donde deja rastros de su sangre... ¡y para apoderarse de miserable animalejo! Pero se trata ahora de más soberbio premio, del corazón de mi enemigo mortal, decidido á perderme. (Oyese á lo lejos una música alegre que se acerca.)

He pasado toda mi vida manejando el arco, y ejercitándome en tirarlo, según sus reglas; con frecuencia he dado en el blanco y ganado la victoria... Pero hoy quiero ensayar mi golpe maestro, y obtener la mejor recompensa que pueden ofrecer todas estas montañas. (Una boda atraviesa la escena por el camino. Tell la observa apoyado en su arco. Stussi, el guarda, se acerca á él.)

Stussi.—Es el colono del convento de Mörlichachen, que celebra hoy su casamiento... un hombre rico, que tendrá unos diez rebaños en los Alpes. Trae á su esposa

de Jimsee, y esta noche habrá gran fiesta en Kussnacht. Venid conmigo; todo hombre de bien está invitado.

TELL. — Un convidado triste no está bien en unas bodas.

STUSSI. — Si os aflige alguna pena, desechadla de vuestro corazón. Aprovechaos de esta coyuntura. Los tiempos son malos, y por lo mismo, han de acoger los hombres con júbilo los placeres que se les presenten. Aquí se casan unos, y en otras partes los entierran.

TELL. — Y á menudo se pasa de una á otra cosa.

STUSSI. — Así anda el mundo. Hay bastantes desdichas en todas partes. . Uno de los montes Ruffi se ha desplomado, sepultando una buena parte del país de Glaris.

TELL. — ¿Vacilan las montañas también? Nada hay firme en la tierra.

STUSSI. — También, según se dice, suceden en otras partes cosas estupendas. He hablado con uno, recién venido de Baden. Un caballero que iba en busca del Rey, encontró á su paso un enjambre de zánganos que atacaron á su caballo, atormentándolo de suerte, que lo hicieron sucumbir, y él llegó á pie á la presencia del Rey.

TELL. — Los débiles tienen también su aguijón. (Hermengarda llega con varios niños y se coloca á la entrada del camino.)

STUSSI. — Significa esto, al parecer, que amenazan al país grandes calamidades, contrarias al orden natural.

TELL. — Todos los días ocurren esos hechos, y sin embargo, ningún signo portentoso los anuncia.

STUSSI. — Si; ¡bienaventurado el que cultiva su campo en paz, y vive sin penas entre los suyos!

TELL. — El hombre mejor lo puede existir sin disgustos, si no agrada á su mal vecino. (Tell mira intranquilo é impaciente á lo alto del camino.)

STUSSI. — Adiós... esperáis á alguien, sin duda.

TELL. — Así es.

STUSSI. — Que regreséis contento á vuestro hogar... ¡Sois

de Uri? Nuestro bondadoso señor, el Gobernador, es esperado de allí hoy.

UN CAMINANTE. (Que llega.) — No aguardad ya hoy al Gobernador. Ha habido una inundación, á causa de las grandes lluvias, y la corriente ha destrozado todos los puentes.

(Tell se levanta.)

HERMENGARDA. (Adelantándose.) — ¿Que no viene el Gobernador?

STUSSI. — ¿Para qué lo queréis?

HERMENGARDA. — Sin duda para algo.

STUSSI. — ¿Por qué no os ponéis á su paso, en este camino?

HERMENGARDA. — Aquí no se me escapa, y ha de oirme.

FRIESSHARDT. (Que se presenta en el camino, y grita.) — ¡Despejad el camino!... ¡Mi señor, el Gobernador, me sigue á caballo! (Vase Tell.)

HERMENGARDA. (Con viveza.) — ¡El Gobernador viene! (Colócase con sus hijos en el proscenio. Gessler y Rudolfo de Harras aparecen montados en lo alto del camino.)

STUSSI. (A Friesshardt.) — ¿Cómo venís, atravesando los ríos, si las aguas han arrastrado los puentes?

FRIESSHARDT. — Hemos peleado con las olas, amigo, y ya no tememos á ningún río de los Alpes.

STUSSI. — ¿Navegabais acaso durante esa terrible borrasca?

FRIESSHARDT. — Así ha sido. Mientras viva, me acordaré de ella.

STUSSI. — ¡Oh! ¡Deteneos y contádmelo!

FRIESSHARDT. — Dejadme; tengo que adelantarme para anunciar en el castillo la próxima llegada del Gobernador. (Vase.)

STUSSI. — Si la barca hubiese llevado hombres de bien, naufragara, de seguro, sin salvarse nadie; pero hay gentes, contra quienes nada pueden ni el agua ni el fuego.

(Mirando alrededor.) Pero ¿á dónde ha ido el cazador con quien yo hablaba? (Vase.)

GESLER. (Que aparece hablando con Rudolfo.)—Decid cuanto os agrade; pero soy servidor del Emperador, y he de escogitar los medios de agradarle. No me ha enviado aquí para adular al pueblo y tratarlo con dulzura... Pide que se le obedezca, y la cuestión es si el Señor de esta región ha de serlo el labriego, ó el Emperador.

HERMENGARDA.—¡Esta es la ocasión! Ahora me dirigo á él. (Acércase con timidez.)

GESLER.—No puse por broma en Altdorf el sombrero, ni para probar cómo pensaba el pueblo, porque lo sé hace largo tiempo. Lo coloqué en alto, para que bajasen la cabeza, que tanto ierguen... Y planté ese estorbo en el camino por donde habían de pasar, para que les llamase la atención, y se acordasen del Señor, á quien de otro modo olvidarían.

RUDOLFO.—El pueblo tiene, sin embargo, ciertos derechos...

GESLER.—No es esta sazón oportuna para atenderlos... Se trata de asuntos más serios. El Emperador desea extender sus dominios. El hijo quiere terminar lo que comenzó el padre tan gloriosamente... Sea como fuere... es menester someterlo. (Cuando intentan pasar, Hermengarda se arrodilla delante de él.)

HERMENGARDA.—¡Misericordia, señor Gobernador! ¡Gracia, gracia!

GESLER.—¿Por qué me impedís el paso, en medio del camino?... ¡Atrás!

HERMENGARDA.—¡Mi marido está en la cárcel! Mis hijos piden pan... ¡Apiadaos, poderoso señor, de nuestra gran miseria!

RUDOLFO.—¿Quién sois? ¿Quién es vuestro marido?

HERMENGARDA.—Un pobre trabajador, mi buen señor, de

Rugiberge, que segaba hierba sobre los precipicios, en las rocas tajadas, adonde los animales no podían subir...

RUDOLFO.—Vida ¡pardiez! miserable, y digna de compasión. Os ruego que pongáis en libertad á ese pobre hombre. Por grave que sea su falta, su horrible profesión la castiga bastante. (A Hermengarda.) Os harán justicia... Presentad vuestro memorial allá arriba, en el castillo... Esta no es ocasión oportuna.

HERMENGARDA.—¡No, no; no me voy de aquí hasta que el Gobernador me haya devuelto mi marido! Seis meses hace ya que está en la cárcel, y espero en vano la sentencia del juez.

GESLER.—¿Intentáis contrariarme, mujer? ¡Fuera!

HERMENGARDA.—¡Justicia, Gobernador! Tú eres juez en este país, en nombre del Emperador, y de Dios. ¡Cumple tu deber! Si deseas que te hagan justicia en el cielo, háznosla tú á nosotros aquí.

GESLER.—¡Fuera! ¡Quitad de mi vista esta gentuza insolente!

HERMENGARDA. (Agarrando las riendas de su caballo.)—¡No, no; nada tengo ya que perder!... No darás un solo paso, Gobernador, hasta que no hayas accedido á mi justo ruego... Frunce tu entrecejo, amenázame con tus ojos cuanto quieras... Nuestra desdicha es tan grande, que tu ira no nos importa...

GESLER.—Déjame pasar, mujer, ó mi caballo te atropellará sin remedio!

HERMENGARDA.—Hazlo pues... Mira. (Derriba en tierra á sus hijos, y se coloca con ellos en medio del camino.) Aquí estoy yo con mis hijos... Pisotea estos pobres huérfanos con los cascos de tu caballo. No será lo peor que has hecho...

RUDOLFO.—¿Estáis loca, mujer?

HERMENGARDA. (Con mayor animación.)—Largo tiempo ha que huellas con tus plantas la tierra del Emperador... ¡Oh!

Yo soy sólo una mujer. Si fuese un hombre, podría hacer algo más que yacer aquí en el polvo. (Óyese de nuevo la música en lo alto del camino, pero á lo lejos.)

GESLER. — ¿En dónde están mis servidores? Que se lleven de aquí á esa mujer, ó haré lo que no quisiera.

RUDOLFO. — Vuestros servidores no pueden atravesar la distancia que los separa de nosotros, porque una boda lo impide.

GESLER. — Soy un señor demasiado bondadoso para este pueblo... Libres son todavía sus lenguas. Aun no es tan dócil como debiera... Pero cambiará, yo lo prometo. Yo acabaré de una vez con su obstinación; yo doblegaré ese espíritu osado de libertad, y promulgaré nuevas leyes para este país... quiero... (Atraviésalo una flecha; llévase la mano al corazón, y vacila, diciendo con voz desfallecida.) ¡Dios tenga compasión de mí!

RUDOLFO. — ¡Señor Gobernador! ¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿De dónde viene esa flecha?

HERMENGARDA. — ¡Al asesino, al asesino! ¡Se tambalea, cae! ¡Lo han herido; una flecha lo ha herido en el corazón!

RUDOLFO. (Saltando desde el caballo.) — ¡Qué horrible suceso!... Dios... Caballero... ¡Implorad la misericordia divina! Sois hombre muerto.

GESLER. — Este tiro es de Tell. (Cae desde el caballo en los brazos de Rudolfo, que lo deja en un banco de piedra.)

TELL. (Presentándose en lo alto de la roca.) — Ya sabes quién te ha herido. No busques otro. Libres son ya las chozas de los pobres; la inocencia se ve ya fuera de tu alcance. Ya no afligirás más á esta región. (Desaparece de la altura, y el pueblo acorre en tropel.)

STUSSI. (De los primeros.) — ¿Qué hay? ¿Qué ha sucedido?

HERMENGARDA. — ¡Han atravesado al Gobernador con una flecha!

EL PUEBLO. (En tropel.) — ¿Quién ha sido atravesado? (Mientras que parte de los acompañantes de la boda vienen á la escena, los demás se encuentran en lo alto, y la música prosigue.)

RUDOLFO. — ¡Se desangra! ¡Pronto, socorredlo! ¡Perseguid al asesino!... ¡Que así haya de morir el desdichado! Pero ¡no quería seguir mis consejos!

STUSSI. — ¡Pálido yace ahí, é inanimado, pardiez!

MUCHAS VOCES. — ¿Quién lo ha hecho?

RUDOLFO. — ¡Ha perdido este pueblo el juicio, celebrando con música un asesinato? ¡Que callen! (La música cesa de improviso, y acude más gente.) Hablad, si podéis, señor Gobernador... ¿Nada tenéis que confiarme? (Gesler hace una señal con la mano, y la repite con afán, al observar que no lo comprenden.) ¿Adónde he de ir?... ¿A Kussnacht? No os entiendo... ¡Oh! No os impacientéis... Renunciad á pensamientos mundanos ahora, y pensad sólo en el cielo. (Toda la boda rodea al moribundo horrorizada, pero sin compasión.)

STUSSI. — Mirad cómo palidece... Ahora, ahora la muerte se apodera de su corazón... Sus ojos no brillan ya.

HERMENGARDA. (Levantando un niño en alto.) — ¡Mira, hijo, cómo muere un malvado!

RUDOLFO. — ¡Mujeres insensatas! ¿No tenéis ningún sentimiento para recrearos en estos horrores?... Ayudadme... poned aquí vuestras manos... ¡Nadie me socorre para arrancarle esta flecha del pecho?

LAS MUJERES. (Retrocediendo.) — ¿Tocar nosotras á quien Dios ha castigado?

RUDOLFO. — ¡Maldición y condenación sobre vosotras! (Saca la espada.)

STUSSI. (Sujetándole el brazo.) — ¡Os aventuráis, señor!... ¡Vuestro poder terminó! Ha caído el tirano de la patria. No sufriremos ya otro. Somos hombres libres.

TODOS. (En tumulto.) — ¡La nación es libre!

RUDOLFO. — ¿A este extremo hemos llegado? ¿Tan pronto

cesaron el temor y la obediencia? (A los servidores armados, que entran.) Sois testigos de este horrible asesinato, que se ha cometido aquí... Es inútil pedir auxilio; en vano se perseguirá al asesino. Otros cuidados nos llaman... Vamos, pues, á Kussnacht, y conservemos esa fortaleza al Emperador, porque en este momento se han roto todos los lazos del deber, se infringen todas las reglas promulgadas, y no hay que fiarse de la fidelidad de los hombres. (Al retirarse con los servidores armados, aparecen seis Hermanos de la Caridad.)

HERMENGARDA.—¡Plaza! ¡Plaza! ¡Que llegan los Hermanos de la Caridad!

STUSSI.—¡Ahí está la víctima!... ¡ya bajan los cuervos!

LOS HERMANOS DE LA CARIDAD, (Formando un círculo alrededor del muerto, y cantando con voz sombría.)—Pronto alcanza la muerte al hombre, y no se le concede plazo alguno. Sucumbe en medio de su carrera, y se lo lleva en lo más lozano de su vida. Preparado ó no, ha de comparecer delante de su juez. (Mientras repiten las últimas palabras, cae el telón.)

## ACTO V.

### ESCENA PRIMERA.

La plaza pública de Aitdorf.

En el fondo, y á la derecha, la ciudadela de Uri con sus andamios, como en la escena tercera del acto primero; á la izquierda, la vista de muchas montañas, en cuyas cimas arden hogueras. Comienza el día, y suenan las campanas á diversas distancias.

RUODI, KUONI, WERNI, EL MAESTRO CANTERO y otros muchos habitantes, y mujeres y niños.

RUODI.—¿Veis las señales del fuego en las montañas?

EL MAESTRO CANTERO.—¿Oís las campanas que suenan del lado allá del bosque?

RUODI.—Los enemigos han sido expulsados.

EL MAESTRO.—Las fortalezas cayeron en nuestro poder.

RUODI.—Y nosotros los habitantes de Uri ¿toleraremos aún en nuestro territorio el castillo de los tiranos? ¿Sere-  
mos los últimos en declararnos libres?

EL MAESTRO.—¿Ha de subsistir el yugo que ha de sujetarnos? ¡Ea, derribadlo!

Todos.—¡Abajo, abajo, abajo!